

LA HISTORIA DE JALISCO DE JOSÉ MARÍA MURIÁ

Eugenia Meyer

El Informador

Guadalajara, Jalisco, 8 de abril de 1990

Hace unos años, en una plaza de un pequeño pueblo de Michoacán, escuché a un viejo músico tocar su violín profundamente concentrado y con emoción. Cuando terminé me acerqué y le pregunté qué había tocado. Tranquilo, orgulloso y sonriente me dijo que todo lo que interpretaba eran composiciones suyas y agregó: “Porque, sabe usted, yo soy autor de obras grandes y obras chicas”.

Casi lo mismo, en otra disciplina, género y contexto, le sucede a José María, porque él es autor de obras grandes, chicas y hasta medianas. Veamos: luego de un esfuerzo loable, en 1980, hace ya casi una década, comenzaron a ver la luz los cuatro volúmenes de la *Historia de Jalisco*, que en su conjunto suman casi las 2,500 páginas.

Obra grande, producto de la disciplina y profesionalismo de un grupo de investigadores capitaneados por Muriá. Es ésta, indiscutiblemente, una obra pionera y singular en el quehacer historiográfico regional, estatal, provinciano (como le gusta a él describirse); en fin, es una obra que abre brecha a un historiador particular y sesudo, trabajo de amor y de convencimiento, sobre el patrimonio y la identidad jalisciense.

Ocho años después, en una edición especial, los amigos querendones y algunos privilegiados recibimos su *Brevísima Historia de Guadalajara* que apenas rascaba el centenar de páginas, incluyendo las fotografías de María Luisa González, su esposa, que, como bien dice por ahí José María, no es de Jalisco, pero merece serlo. Bueno, ésta es la obra chiquitita. Y recuerdo que ya nos amenazaba con la brevísima historia de todo su estado.

Faltaba entonces el punto medio, el equilibrio para lograr su realización plena como autor, y este logro, el de la *Breve historia de Jalisco*, ni tan breve como lo demuestra su no pequeño tomo, es lo que nos reúne hoy quizá con cierto retraso, porque el colofón anuncia su nacimiento por ahí del día de muertos de 1988. Tardocinto, y sin embargo, bienvenido trabajo que conforma la vocación y el conocimiento, la dedicación y la pasión que Muriá siente por su estado.

No se trata aquí del apabullante trabajo erudito, que nada sacrifica y que obliga a considerarnos mayores por aquello del marco teórico o del aparato crítico que tanto fascina o fascinaba a nuestros cultos, quienes primero revisan la bibliografía, luego critican y después quizá, leen el texto.

Esta *Breve historia...* reafirma los afanes y preocupaciones de Muriá por el ser de la historia y por la lucha continuada del hombre en busca de la trascendencia.

Memoria pasada, memoria presente, imágenes de tiempos idos al compás de una verdadera e integral recreación. Muriá sigue insistiendo en que la suya es tierra de contrastes, de historias múltiples y variadas.

Fiel alumno de su maestro Gaos, tiene José María ideas preconcebidas, prejuicios, simpatías y antipatías. Al convertirse en historiador particular defiende sus subjetividades, pero también su inventiva y su creatividad.

Desde el ámbito propiamente histórico, Muriá ha rebasado siempre —y se lo agradecemos— aquella testaruda actitud positiva, tan clásica y característica entre los historiadores provincianos, de ir tras la verdad, la absoluta y total verdad, y nada más que la verdad.

Sin negar la cruz de su parroquia, sus muchos trabajos sobre Jalisco asumen su postura historicista y ello hace medrar su intención de recobrar la memoria colectiva con el afán de consolidar raíces, pertenencia e identidad.

Justo es advertir que en su caso, la llamada historia regional no se desprende del contexto nacional, renglón fundamental que da coherencia a la narrativa.

Una cualidad más del libro de marras es que en él el autor no “fusila” a otros, y menos a sí mismo. Más bien se corrige, enriquece y mejora esfuerzos previos. Es también punto que debe destacarse, su apertura a nuevas ideas y sugerencias.

Me gustó, y mucho, que arrancara con lo que llama “Cultura aborígen”, porque adjudica a la cultura todo lo que el hombre ha creado, dando así al término su real dimensión. Quedó atrás la visión tradicional del entorno geográfico primero, las características étnicas después y sólo entonces los logros y avances de sus pobladores.

Al invertir y mezclar el orden, permite entender al hombre en su entorno, su espacio, con sus condiciones temporales y cómo todo ello genera un desarrollo particular.

A lo largo de sus 24 capítulos, nos dirige por un ameno recorrido desde esa cultura aborígen hasta lo que concluye como cultura posrevolucionaria. Se antoja que el hilo conductor es, pues, la cultura.

Aunque tengo un reparo, y es el de sus cortes cronológicos y su extraña periodización del presente siglo. Cierto es que menciona de pasadita lo que ha sucedido con la política y la sociedad en las últimas décadas, pero de hecho su trabajo se detiene al final de los treinta y me sigo lamentando de que los historiadores cedamos el paso y el campo a otros científicos sociales para realizar el análisis de los jugosos tiempos cercanos.

Y como supongo que debo hacer un comentario específico sobre su capítulo XX, “la Revolución”, a la que apenas dedica una veintena de páginas, me merece bien revivir una vieja conversa con mi amigo Muriá.

Reconozco que no habla de la Revolución jalisciense, o de la Revolución en Jalisco o, peor aún, de la Revolución desde Jalisco, porque la verdad es que, a pesar de ser ésta una aseveración incómoda, la Revolución no se dio en Jalisco. Por ahí pasaron los revolucionarios y sí, Orendáin fue escenario de batallas, y sí, Bernardo Reyes y hasta Victoriano Huerta eran de Jalisco; mas para fortuna de sus paisanos, no actuaron en su tierra. Las condiciones económicas y sociales imperantes en el estado no permitieron su verdadera participación en la lucha, ni en la ideología revolucionaria, mas que en un relato a vuelo de pájaro de los acontecimientos. Aun así, yo hubiera deseado un análisis y una interpretación de las razones y la forma en que Jalisco, de manera tan singular, vivió la década de guerra.

Quizá el arraigado sentimiento federalista, pero no dependiente, que defendiera un ilustre jalisciense, don Valentín Gómez Farías, quizá la transformación de Nueva Galicia en estado libre soberano, quizá los avatares decimonónicos y el carácter tan especial de sus gobernantes, imprimieron a Jalisco, valga un botón de muestra con don Ramón Corona, un sello distintivo en los quehaceres regionales. Entre tapatíos y alteños se fueron marcando diferencias que, con el andar del tiempo, definieron senderos y formas a sus ajetreos colectivos. No en balde fue parte de Jalisco hogar de la guerra cristera y luego, testarudo opositor a las reformas cardenistas.

Creo que el sentido de la propiedad y el de la vida en común de Jalisco siguen siendo temas sobre los que el resto de los mexicanos deberemos seguir reflexionando.

Creo que a la luz de los nuevos estudios regionales sobre las muchas revoluciones y contrarrevoluciones que fue la Revolución mexicana, se puede ampliar la concepción del proceso, sin intenciones officiosas u oficialistas.

Y bien, José María, me gusta este nuevo esfuerzo para convertirte en el Luis Pérez Verdía del siglo XX. Ojalá cunda el ejemplo y los historiadores locales, municipales, estatales o regionales insistan en defender su parcela de estudio como tú lo haces.

La historia no es una, sino múltiple, la historia nacional, en consecuencia, sólo puede ser el conjunto de esa multiplicidad y heterogeneidad, porque precisamente en ese reconocimiento de multiplicidad está su riqueza.

José María Muriá no nació en Jalisco; ni falta que hace, jalisco hasta las cachas, hasta lo inverosímil, ha venido a demostrar con obras, grandes, medianas y chicas, que se ama la tierra cuando se la conoce, se la acepta y se identifica uno con ella. Muriá se reconoce como uno de sus hijos, y acepta como suyos, porque lo son, sus logros y limitaciones. Siente, con renovada pasión, esa necesidad infinita, siempre dinámica, de entender su historia como herramienta del cambio futuro.